

¿Existe el lector ideal?

PARA EFECTOS DE ESTE ENSAYO, digamos que sí. Aseverémoslo. No porque yo lo piense, sino para comprobar hasta dónde puede llegar este artefacto —entiéndase, el artefacto del lector ideal—, como los matemáticos que intentan hallar el valor de una incógnita y le asignan un número cualquiera, sólo para ver si la maquinaria no se desmorona.

Vayamos un paso más allá: aseveremos —¡no me dejes solo en esto!— que el lector ideal de este ensayo está leyendo, en este mismo instante, esta mismísima línea.

ANTES QUE NADA, congratulémonos. El lector ideal de este ensayo estará dispuesto a darse una palmada en la espalda, o a celebrar este encuentro tan fortuito y significativo como bien le parezca. Tanto el lector ideal como el autor —por mucho, el menos ideal de los dos— tendría buenas razones para celebrar: en mi experiencia, el escritor que escribe única y exclusivamente para un lector ideal tiene algo de la gente que busca una pareja con una serie tan acotada de características que se condena a sí misma a no hallar nunca nadie que la cumpla. Hallar al lector ideal es una quimera, y si aceptamos que esto acaba de ocurrirnos, habríamos logrado uno de los puntos más altos de nuestro arte.

Hay quien se conformaría con esto: te he encontrado, lector ideal, y no necesito que nadie más me lea, puesto que tú me entiendes al dedillo, todas mis líneas te dicen lo que yo quiero decir, y lees este ensayo con la voluntad exacta que mi voluntad requiere. Me limitaría, entonces, a escribir para ti, y tal vez terminarías odiándome, puesto que me conocerías mejor que nadie.

Tendríamos, entonces, que colaborar, o más bien, nos veríamos condenados a la colaboración: yo tendría que estar dispuesto a seguir escribiéndote, y tú tendrías que aceptar el compromiso —grave, según entiendo— de seguir leyéndome. Entre el lector ideal y su escritor no tendría que haber ni una complicidad

ni una relación personal: el lector ideal no es el amigo ideal, ni la pareja ideal, ni el editor ideal. El lector lee, y el escritor escribe. Tendría, en algún momento, forzosamente, que desconfiar de ti, como desconfío de cualquier relación no equilibrada, o por lo menos sin voluntad de equilibrio. Creo entender mucho más de mi texto de un lector que me lee sin ánimo de estar de acuerdo conmigo, es decir, que reconoce las diferencias que nos separan.

NOS METEMOS, entonces, en otro berenjenal —la tierra prometida del ensayo—: el género acuñado por Montaigne, éste que practicamos ahora mismo, tú leyéndolo y yo escribiéndolo, tendría muchísimas dificultades para hallar un presunto lector ideal. Lo ideal requiere certezas, formas definidas, objetivos claros. Tú, el lector ideal de este ensayo, tendrías que hacerte muy pronto la idea de que todo habrá de ponerse en duda, hasta la idea de tu idoneidad. Es posible, por tanto, que el lector ideal de este ensayo también sea un ensayista, o tenga una voluntad de ensayo en su forma de construir su propia identidad. Un ser ideal que se permitiera dudar de su propia aptitud, si por alguna razón indescifrable se dedicara a la literatura, tendría que devenir ensayista en algún punto.

Es posible que esa sea la razón por la cual el ensayo literario o personal habita unos circuitos muy especí-

ficos, tal y como le sucede, muchas veces y en muchos países, a la poesía: da la impresión de que, a la vez, el lector ideal y el peor lector posible de un libro de poemas es otro poeta, porque muchas veces es el único que frecuenta las lecturas de poesía —para colarse al micrófono abierto del final y refinarse un vermut gratuito, si es que lo hay— y el único que pondrá atención a la mesa de novedades de poesía —y es probable que sólo lo haga para robarse algún título sin chip de seguridad y que quepa en el bolsillo interior de la gabardina.

Conozco menos ensayistas que poetas, y ningún poeta que conozca es ideal en ningún grado, al menos en público, aunque muchos de ellos aspiren a la página impoluta. Tal vez exista una relación de proporcionalidad inversa entre lo ideal del lector de ensayo literario y la falibilidad del mismo texto ensayístico. Las páginas virtualmente perfectas de los ensayos helénicos de Reyes o de los prólogos de Borges llevan encima una pátina de indiscutibilidad, impuesta por la academia y el prestigio, que no nos permiten asimilar al texto como lo que es: una máquina de discusión de bolsillo. Leería un tratado escrito por un dios, pero un ensayo escrito por el mismo dios sería inútil. ¿Para qué leer un ensayo escrito por alguien que no tiene dudas?

OTRO CANTAR ES, por ejemplo, la novela —el lector ideal de este ensayo ya sabrá a qué me refiero, pero seguirá

leyendo sólo para confirmar lo que ya conoce. Muchas novelas tienen un lector ideal tan amplio que es más difícil que se la pierdan a que la encuentren en algún momento dado, pero hay otras que parecen un disparo al aire con cielo despejado de pájaros. Pienso, por ejemplo, en *Rayuela*. Cortázar expresó siempre la voluntad de que su libro tuviera un lector ideal específico, al que llamó —muy desafortunadamente— lector macho: un lector activo, abierto a la experimentación y al juego, que estuviera dispuesto a leer su libro bajo reglas nuevas. Para entrenar a ese potencial lector, ofreció desde el inicio un orden antiortodoxo de lectura para una novela que, en un buen porcentaje y leída del capítulo primero al capítulo último, resulta menos revolucionaria que otras obras de su época. Cortázar soñaba, sin embargo, con que su novela tuviera tantos índices como lectores. Esto rara vez ocurre: la misma posibilidad de leer *Rayuela* como una novela común la priva, para la gran mayoría de sus consumidores, de su virtual radicalidad. Me atrevería a decir que, de los pocos que se han atrevido a leer *Rayuela* como lo quería Cortázar, la gran mayoría nacieron después de que el argentino alcanzara su nivel más alto de idoneidad como figura autoral, es decir, después de muerto. A veces lo único que hace falta es irse al otro barrio para que los que se quedan terminen de darte la razón. ¡Y, aún así, hay quienes sostendrían que la muerte, por ser insobornable, carece de retórica!

PIENSO TAMBIÉN en una persona a la que vi leer en un vagón del tren entre Barcelona y Cerdanyola. Llevaba, lo recuerdo, unos audífonos de diadema y una mochila que parecía estar, a la distancia, vacía. A excepción, claro está, del libro, que no se tardó en sacar en cuanto consiguió un asiento, el único disponible, frente a mí.

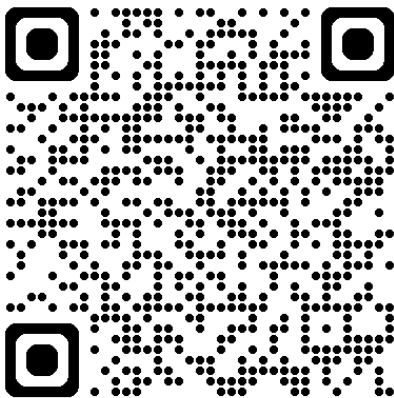
Nada más divertido que inventarle vidas a los lectores del transporte público. ¿Cómo se relaciona lo que lee un extraño, por ejemplo, con lo que viste, con su tesitura, con la estación de metro que toma y en la que se baja? Entre el lector de transporte público real y el personaje que inventamos al verlo, el que se parece más al lector ideal del libro entre sus manos es siempre el segundo.

Sacó de su mochila, pues, una mal llamada novela de aeropuerto: larga pero con letra grandísima, en inglés, bestseller del New York Times, adaptada hace ya más de quince años a la gran pantalla. El tipo de libro que podría llevarse uno de la mesa de intercambios afuera de una biblioteca o de una tienda de beneficencia por sólo un par de monedas. Empezó con la parte de atrás: los blurbs, un poco de información sobre los países en los que el autor había vivido y cuántos hijos tiene, el somero resumen de la trama en el que se excluye cómo se resuelven los puntos más álgidos. Vi su decisión de darle una oportunidad. Me sorprendió

que, después de dar todos los indicadores de no haber leído el libro antes, empezó en una página aleatoria, desde la mitad. Le interesó. Retrocedió unas cien páginas. Leyó quince o veinte minutos. Avanzó hasta cerca del final, volvió al medio, escuché el crack del lomo ya comprometido de antes. No paró ni de moverse de un lado a otro, tanto de su asiento como del libro, ni de gozar de esa lectura inconexa. Como si hubiera olvidado las convenciones lineales del objeto-libro, como si le importara poco que los novelistas siempre dejan las cosas más jugosas para después, para mayor efecto o trampa de la historia, como si supieran mejor que nosotros qué queremos saber primero de todo lo que nos cuentan.

El lector ideal existe, pero casi nunca está leyendo su libro ideal, bien porque no lo conoce o porque no le interesa conocerlo. Todo lector ideal es un lector libre, y sabe que no debe dejarse manipular por lo que otros dicen que debería estar leyendo. El lector ideal juega con sus propias reglas y decide accionarlas con las herramientas que le parecen mejores. Ese día, por ejemplo, un posible lector ideal de Julio Cortázar fue persuadido, con mayor suerte, por Elizabeth Gilbert.

¿EXISTE EL LECTOR IDEAL?
es un ensayo escrito por Leopoldo
Orozco (1996). Nació en Ensenada,
Baja California, y vive en Barcelo-
na. Ha publicado ensayo, poesía y
narrativa. Premio Nacional al Estu-
diente Universitario Carlos Fuen-
tes 2023. Su libro más reciente es el
poemario RELICARIOS (Medusa edi-
tores, 2024). Ig. @leopoldo__orozco.



Se imprimió el 15 de marzo de 2025,
día de Santo Longino de Cesárea.